

Una trilogía rural

FEDERICO
GARCÍA LORCA

BODAS DE SANGRE

YERMA

LA CASA DE BERNARDA ALBA



Ilustrado por
ILU ROS

Lumen

Una FEDERICO
GARCÍA LORCA
trilogía rural

BODAS DE SANGRE YERMA LA CASA DE BERNARDA ALBA

Ilustrado por
ILU ROS

Lumen



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: octubre de 2022

- © 1935, discurso inicial, Federico García Lorca
- © 1945, La casa de Bernarda Alba, Federico García Lorca
- © 1934, Yerma, Federico García Lorca
- © 1933, Bodas de sangre, Federico García Lorca
- © 2022, Ilu Ros, por las ilustraciones
- © 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

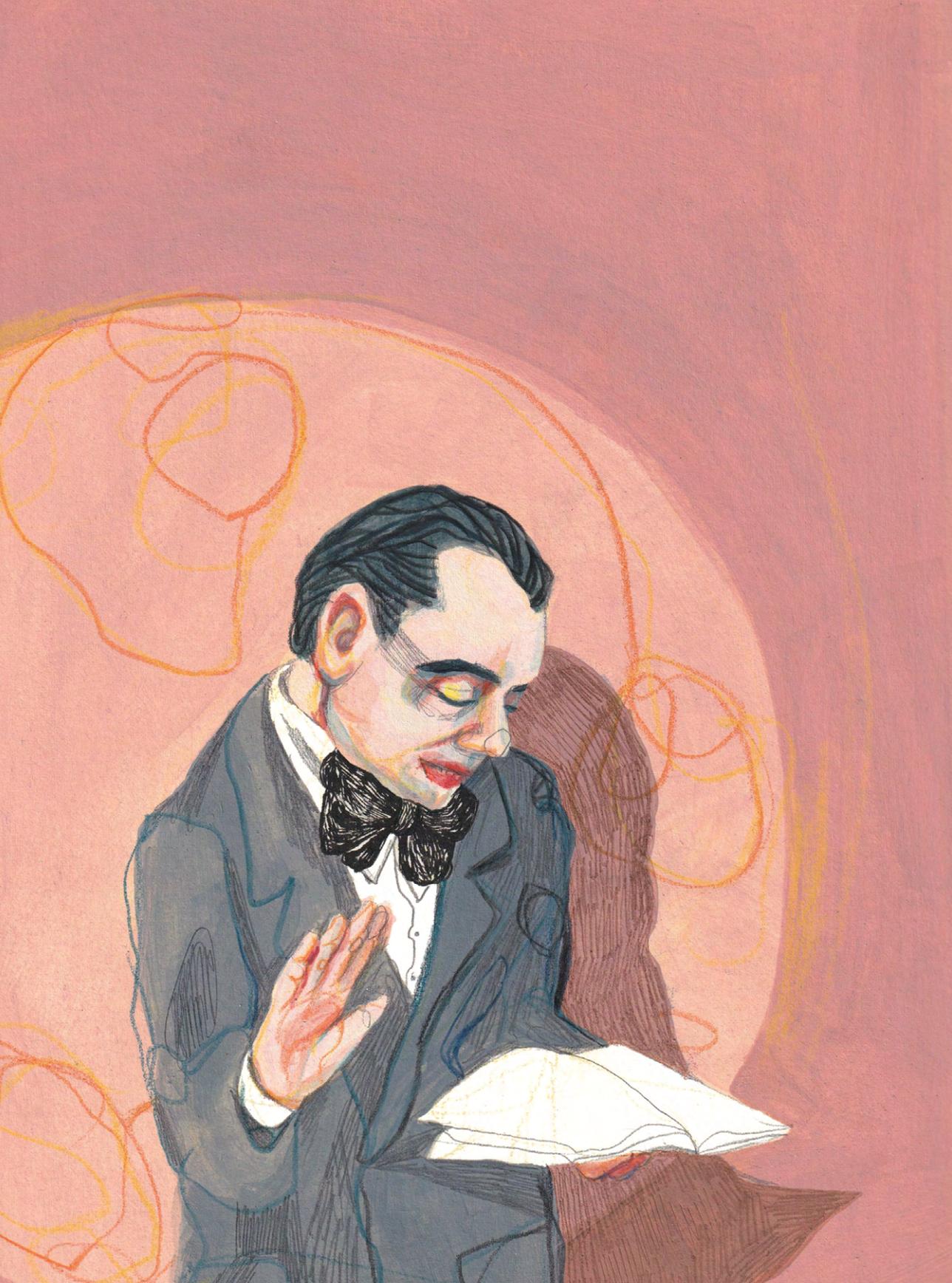
ISBN: 978-84-264-2105-0

Compuesto por Fernando de Santiago

Composición digital: www.acatia.es

Índice

<i>Discurso del 1 de febrero de 1935</i>	9
BODAS DE SANGRE	19
YERMA	143
LA CASA DE BERNARDA ALBA	255



Queridos amigos:

Hace tiempo hice firme promesa de rechazar toda clase de homenajes, banquetes o fiestas que se hicieran a mi modesta persona; primero, por entender que cada uno de ellos pone un ladrillo sobre nuestra tumba literaria, y segundo, porque he visto que no hay cosa más desolada que el discurso frío en nuestro honor, ni momento más triste que el aplauso organizado, aunque sea de buena fe.

Además, esto es secreto, creo que banquetes y pergaminos traen el mal fario, la mala suerte, sobre el hombre que los recibe; mal fario y mala suerte nacidos de la actitud descansada de los amigos que piensan: «Ya hemos cumplido con él». Un banquete es una reunión de gente profesional que come con nosotros y donde están, pares o nones, las gentes que nos quieren menos en la vida.

Para los poetas y dramaturgos, en vez de homenajes yo organizaría ataques y desafíos en los cuales se nos dijera gallardamente y con verdadera saña: «¿A que no tienes valor de hacer esto?», «¿A que no eres capaz de expresar la angustia del mar en un personaje?», «¿A que no te atreves a contar la desesperación de los soldados enemigos de la guerra?». Exigencia y lucha, con un fondo de amor severo, templan el alma del artista, que se

afemina y destroza con el fácil halago. Los teatros están llenos de engañosas sirenas coronadas con rosas de invernadero, y el público está satisfecho y aplaude viendo corazones de serrín y diálogos a flor de dientes; pero el poeta dramático no debe olvidar, si quiere salvarse del olvido, los campos de rosas, mojados por el amanecer, donde sufren los labradores, y ese palomo, herido por un cazador misterioso, que agoniza entre los juncos sin que nadie escuche su gemido.

Huyendo de sirenas, felicitaciones y voces falsas, no he aceptado ningún homenaje con motivo del estreno de Yerma; pero he tenido la mayor alegría de mi corta vida de autor al enterarme de que la familia teatral madrileña pedía a la gran Margarita Xirgu, actriz de inmaculada historia artística, lumbrera del teatro español y admirable creadora del papel, con la compañía que tan brillantemente la secunda, una representación especial para verla.

Por lo que esto significa de curiosidad y atención para un esfuerzo notable de teatro, doy ahora que estamos reunidos, las más rendidas, las más verdaderas gracias a todos. Yo no hablo esta noche como autor ni como poeta, ni como estudiante sencillo del rico panorama de la vida del hombre, sino como ardiente apasionado del teatro de acción social. El teatro es uno de los más expresivos y útiles instrumentos para la edificación de un país y el barómetro que marca su grandeza o su descenso. Un teatro sensible y bien orientado en todas sus ramas, desde la tragedia al vodevil, puede cambiar en pocos años la sensibilidad del pueblo; y un teatro destrozado, donde las pezuñas sustituyen a las alas, puede achabacinar y adormecer a una nación entera. El teatro es una escuela de llanto y de risa y una tribuna libre donde los hombres pueden poner en evidencia morales viejas o equívocas y explicar con ejemplos vivos normas eternas del corazón y del sentimiento del hombre.

Un pueblo que no ayuda y no fomenta su teatro, si no está muerto, está moribundo; como el teatro que no recoge el latido

social, el latido histórico, el drama de sus gentes y el color genuino de su paisaje y de su espíritu, con risa o con lágrimas, no tiene derecho a llamarse teatro, sino sala de juego o sitio para hacer esa horrible cosa que se llama «matar el tiempo». No me refiero a nadie ni quiero herir a nadie; no hablo de la realidad viva, sino del problema planteado sin solución.

Yo oigo todos los días, queridos amigos, hablar de la crisis del teatro, y siempre pienso que el mal no está delante de nuestros ojos, sino en lo más oscuro de su esencia; no es un mal de flor actual, o sea, de obra, sino de profunda raíz, que es, en suma, un mal de organización. Mientras que actores y autores estén en manos de empresas absolutamente comerciales, libres y sin control literario ni estatal de ninguna especie, empresas ayunas de todo criterio y sin garantía de ninguna clase, actores, autores y el teatro entero se hundirán cada día más, sin salvación posible.

El delicioso teatro ligero de revistas, vodevil y comedia bufa, géneros de los que soy aficionado espectador, podría defenderse y aun salvarse; pero el teatro en verso, el género histórico y la llamada zarzuela hispánica sufrirán cada día más reveses, porque son géneros que exigen mucho y donde caben las innovaciones verdaderas, y no hay autoridad ni espíritu de sacrificio para imponerlas a un público al que hay que domar con altura y contradecirlo y atacarlo en muchas ocasiones. El teatro se debe imponer al público y no el público al teatro. Para eso, autores y actores deben revestirse, a costa de sangre, de gran autoridad, porque el público de teatro es como los niños en las escuelas: adora al maestro grave y austero que exige y hace justicia, y llena de crueles agujas las sillas donde se sientan los maestros tímidos y adulones, que ni enseñan ni dejan enseñar.

Al público se le puede enseñar, conste que digo público, no pueblo; se le puede enseñar, porque yo he visto patear a Debussy y a Ravel hace años, y he asistido después a las clamorosas ovaciones que un público popular hacía a las obras antes rechazadas. Estos autores fueron impuestos por un alto criterio de autoridad

superior al del público corriente, como Wedekind en Alemania y Pirandello en Italia, y tantos otros.

Hay necesidad de hacer esto para bien del teatro y para gloria y jerarquía de los intérpretes. Hay que mantener actitudes dignas, en la seguridad de que serán recompensadas con creces. Lo contrario es temblar de miedo detrás de las bambalinas y matar las fantasías, la imaginación y la gracia del teatro, que es siempre, siempre, un arte, y será siempre un arte excelso, aunque haya habido una época en que se llamaba arte a todo lo que nos gustaba, para rebajar la atmósfera, para destruir la poesía y hacer de la escena un puerto de arrebatacapas.

Arte por encima de todo. Arte nobilísimo, y vosotros, queridos actores, artistas por encima de todo. Artistas de pies a cabeza, puesto que por amor y vocación habéis subido al mundo fingido y doloroso de las tablas. Artistas por ocupación y preocupación. Desde el teatro más modesto al más encumbrado se debe escribir la palabra arte en salas y camerinos, porque si no vamos a tener que poner la palabra comercio o alguna otra que no me atrevo a decir. Y jerarquía, disciplina y sacrificio y amor.

A través de mi vida, si vivo, espero, queridos actores, que os encontréis conmigo y yo con vosotros. Siempre me hallaréis con el mismo encendido amor al teatro y con la moral artística del ansia de una obra y una escena cada vez mejor. Espero luchar para seguir conservando la independencia que me salva; y para calumnias, horrores y sambenitos que empiecen a colgar sobre mi cuerpo, tengo una lluvia de risas de campesino para mi uso particular.

No quiero daros una lección, porque me encuentro en condiciones de recibirlas. Mis palabras las dictan el entusiasmo y la seguridad. No soy un iluso. He pensado mucho, y con frialdad, lo que pienso, y, como buen andaluz, poseo el secreto de la frialdad porque tengo sangre antigua. Yo sé que la verdad no la tiene el que dice: «Hoy, hoy, hoy» comiendo su pan junto a la lumbre, sino el que serenamente mira a lo lejos la primera luz en la alborada del campo.

Yo sé que no tiene razón el que dice: «Ahora mismo, ahora, ahora» con los ojos puestos en las pequeñas fauces de la taquilla, sino el que dice «Mañana, mañana, mañana» y siente llegar la nueva vida que se cierne sobre el mundo.

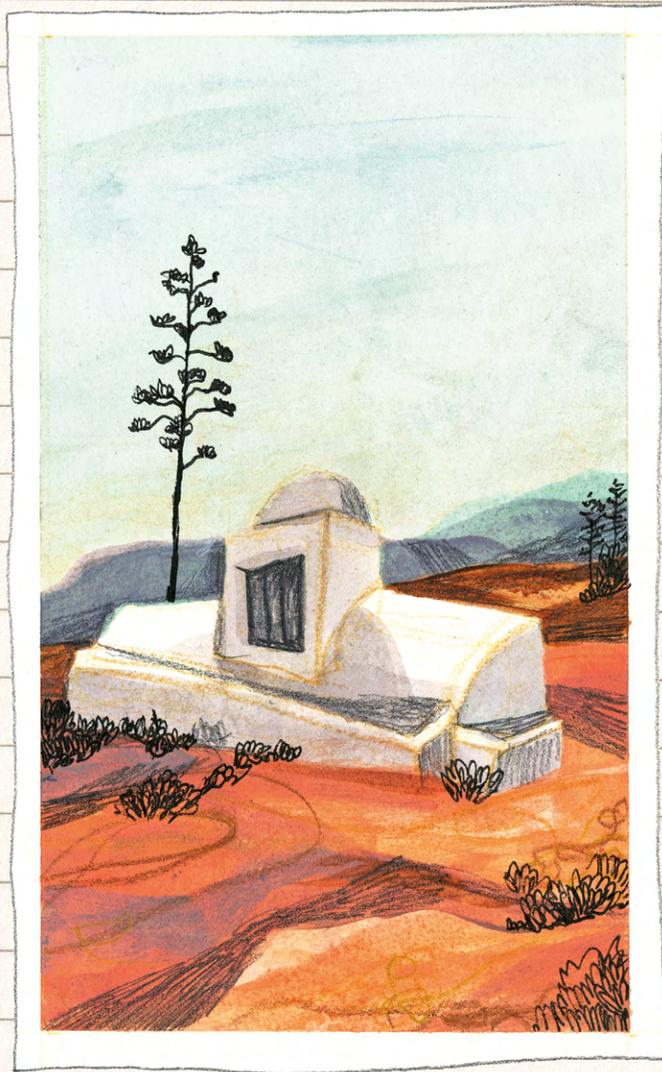
FEDERICO GARCÍA LORCA

Discurso leído por Federico García Lorca
a los actores madrileños en el Teatro Español
en la madrugada del 1 de febrero de 1935.

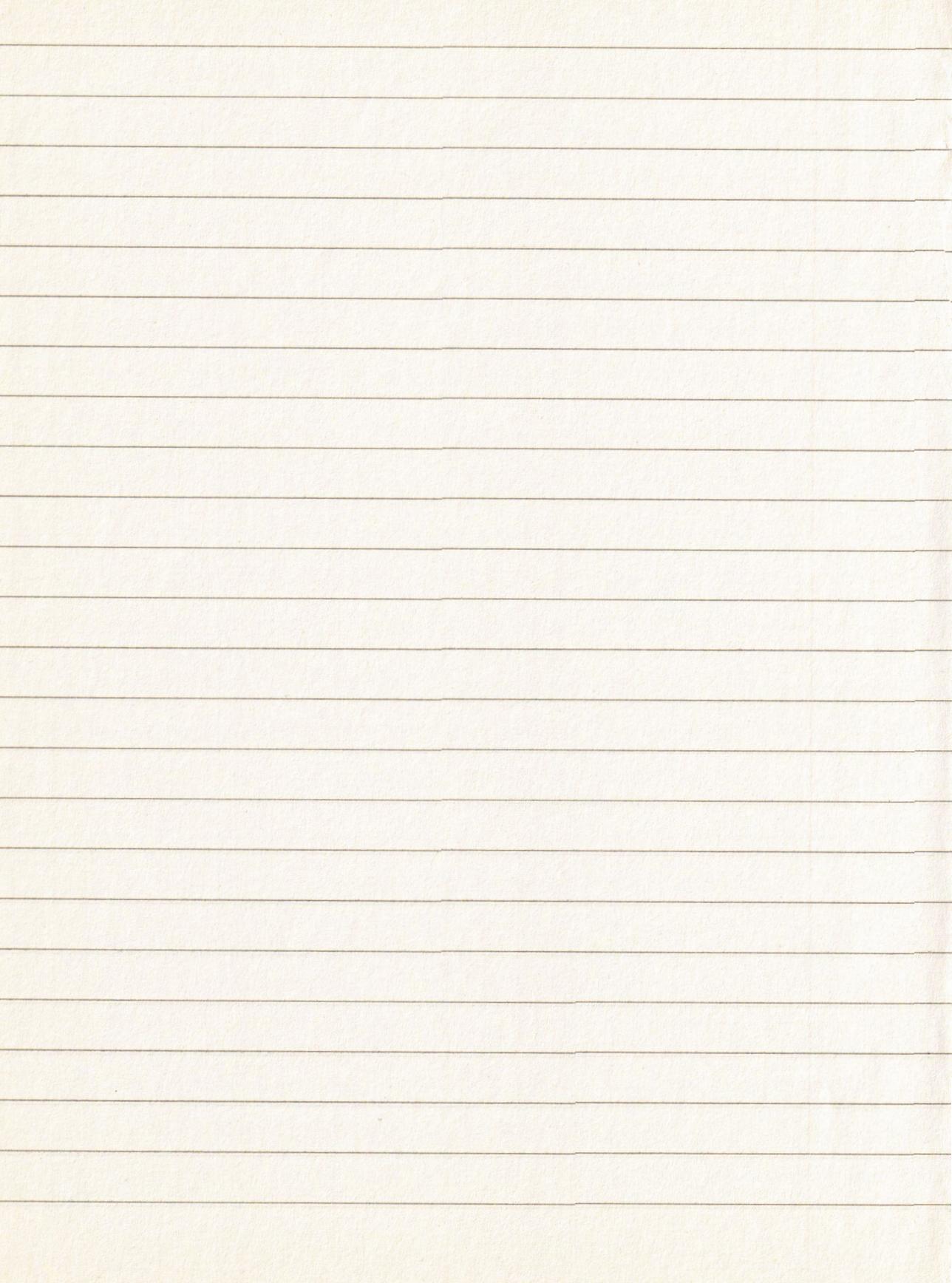
El 25 de julio de 1928, siete años antes de leer el anterior discurso, Federico García Lorca, reconocido poeta y uno de los alumnos más populares de la Residencia de Estudiantes de Madrid, leyó en un diario la noticia de un crimen ocurrido en Níjar, Almería.

Los detalles de este hecho, que llevaba ya unos días teniendo una gran repercusión en la zona, habían aparecido dos días antes en otro periódico bajo el siguiente titular: "Cuando va a casarse, desaparece la novia y es encontrada junto al cadáver del hombre con quien se fue".





Fu el verano de 1932, García Lorca acabó Bodas de sangre, inspirada en los hechos ocurridos en aquellas tierras castigadas por el viento y por el sol. La obra se estrenó en marzo de 1933.



Bodas de sangre

Tragedia en tres actos y siete cuadros

LA NOVIA



LA LUNA

Personajes

LA MADRE
LA NOVIA
LA SUEGRA
LA MUJER DE LEONARDO
LA CRIADA
LA VECINA
MUCHACHAS
LEONARDO
EL NOVIO
EL PADRE DE LA NOVIA
LA LUNA
LA MUERTE (como mendiga)
LEÑADORES
MOZOS

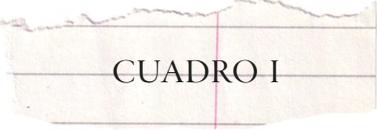
da Nader





ACTO PRIMERO





CUADRO I

Habitación pintada de amarillo.

NOVIO. (*Entrando.*) Madre.

MADRE. ¿Qué?

NOVIO. Me voy.

MADRE. ¿Adónde?

NOVIO. A la viña. (*Va a salir.*)

MADRE. Espera.

NOVIO. ¿Quiere algo?

MADRE. Hijo, el almuerzo.

NOVIO. Déjelo. Comeré uvas. Deme la navaja.

MADRE. ¿Para qué?

NOVIO. (*Riendo.*) Para cortarlas.

MADRE. (*Entre dientes y buscándola.*) La navaja, la navaja...

Malditas sean todas y el bribón que las inventó.

NOVIO. Vamos a otro asunto.

MADRE. Y las escopetas y las pistolas y el cuchillo más pequeño, y hasta las azadas y los bieldos de la era.

NOVIO. Bueno.

MADRE. Todo lo que puede cortar el cuerpo de un hombre.

Un hombre hermoso, con su flor en la boca, que sale a

las viñas o va a sus olivos propios, porque son de él, heredados...

NOVIO. (*Bajando la cabeza.*) Calle usted.

MADRE. ... y ese hombre no vuelve. O si vuelve es para ponerle una palma encima o un plato de sal gorda para que no se hinche. No sé cómo te atreves a llevar una navaja en tu cuerpo, ni cómo yo dejo a la serpiente dentro del arcón.

NOVIO. ¿Está bueno ya?

MADRE. Cien años que yo viviera, no hablaría de otra cosa. Primero tu padre; que me olía a clavel y lo disfruté tres años escasos. Luego tu hermano. ¿Y es justo y puede ser que una cosa pequeña como una pistola o una navaja pueda acabar con un hombre, que es un toro? No callaría nunca. Pasan los meses y la desesperación me pica en los ojos y hasta en las puntas del pelo.

NOVIO. (*Fuerte.*) ¿Vamos a acabar?

MADRE. No. No vamos a acabar. ¿Me puede alguien traer a tu padre? ¿Y a tu hermano? Y luego el presidio. ¿Qué es el presidio? ¡Allí comen, allí fuman, allí tocan los instrumentos! Mis muertos llenos de hierba, sin hablar, hechos polvo; dos hombres que eran dos geranios... Los matadores, en presidio, frescos, viendo los montes...

NOVIO. ¿Es que quiere usted que los mate?

MADRE. No... Si hablo es porque... ¿Cómo no voy a hablar viéndote salir por esa puerta? Es que no me gusta que lleves navaja. Es que... que no quisiera que salieras al campo.

NOVIO. (*Riendo.*) ¡Vamos!

MADRE. ¿Que me gustaría que fueras una mujer. No te irías al arroyo ahora y bordaríamos las dos cenefas y perritos de lana.

NOVIO. (*Coge de un brazo a la Madre y ríe.*) Madre, ¿y si yo la llevara conmigo a las viñas?

MADRE. ¿Qué hace en las viñas una vieja? ¿Me ibas a meter debajo de los pámpanos?

NOVIO. (*Levantándola en sus brazos.*) Vieja, revieja, reque-
tevieja.

MADRE. Tu padre sí que me llevaba. Eso es buena casta. San-
gre. Tu abuelo dejó un hijo en cada esquina. Eso me gusta.
Los hombres, hombres; el trigo, trigo.

NOVIO. ¿Y yo, madre?

MADRE. Tú ¿qué?

NOVIO. ¿Necesito decírselo otra vez?

MADRE. (*Seria.*) ¡Ah!

NOVIO. ¿Es que le parece mal?

MADRE. No.

NOVIO. ¿Entonces?...

MADRE. No lo sé yo misma. Así, de pronto, siempre me sor-
prende. Yo sé que la muchacha es buena. ¿Verdad que sí?
Modosa. Trabajadora. Amasa su pan y cose sus faldas, y sien-
to sin embargo cuando la nombro, como si me dieran una
pedrada en la frente.

NOVIO. Tonterías.

MADRE. Más que tonterías. Es que me quedo sola. Ya no me
quedas más que tú y siento que te vayas.

NOVIO. Pero usted vendrá con nosotros.

MADRE. No. Yo no puedo dejar aquí solos a tu padre y a tu
hermano. Tengo que ir todas las mañanas, y si me voy es
fácil que muera uno de los Félix, uno de la familia de los
matadores, y lo entierren al lado. ¡Y eso sí que no! ¡Ca! ¡Eso
sí que no! Porque con las uñas los desentierro y yo sola los
machaco contra la tapia.

NOVIO. (*Fuerte.*) Vuelta otra vez.

MADRE. Perdóname. (*Pausa.*) ¿Cuánto tiempo llevas en rela-
ciones?

NOVIO. Tres años. Ya pude comprar la viña.

MADRE. Tres años. Ella tuvo un novio, ¿no?

NOVIO. No sé. Creo que no. Las muchachas tienen que mirar
con quién se casan.

MADRE. Sí. Yo no miré a nadie. Miré a tu padre, y cuando lo mataron miré a la pared de enfrente. Una mujer con un hombre, y ya está.

NOVIO. Usted sabe que mi novia es buena.

MADRE. No lo dudo. De todos modos siento no saber cómo fue su madre.

NOVIO. ¿Qué más da?

MADRE. (*Mirándolo.*) Hijo.

NOVIO. ¿Qué quiere usted?

MADRE. ¡Que es verdad! ¡Que tienes razón! ¡Cuándo quieres que la pida?

NOVIO. (*Alegre.*) ¿Le parece bien el domingo?

MADRE. (*Seria.*) Le llevaré los pendientes de azófar, que son antiguos, y tú le compras...

NOVIO. Usted entiende más...

MADRE. Le compras unas medias caladas, y para ti dos trajes... ¡Tres! ¡No te tengo más que a ti!

NOVIO. Me voy. Mañana iré a verla.

MADRE. Sí, sí, y a ver si me alegras con seis nietos, o los que te dé la gana, ya que tu padre no tuvo lugar de hacérmelos a mí.

NOVIO. El primero para usted.

MADRE. Sí, pero que haya niñas. Que yo quiero bordar y hacer encaje y estar tranquila.

NOVIO. Estoy seguro de que usted querrá a mi novia.

MADRE. La querré. (*Se dirige a besarlo y reacciona.*) Anda, ya estás muy grande para besos. Se los das a tu mujer. (*Pausa. Aparte.*) Cuando lo sea.

NOVIO. Me voy.

MADRE. Que caves bien la parte del molinillo, que la tienes descuidada.

NOVIO. ¡Lo dicho!

MADRE. Anda con Dios. (*Vase el Novio. La Madre queda sentada de espaldas a la puerta. Aparece en la puerta una Vecina vestida de color oscuro, con pañuelo a la cabeza.*) Pasa.



VECINA. ¿Cómo estás?

MADRE. Ya ves.

VECINA. Yo bajé a la tienda y vine a verte. ¡Vivimos tan lejos!

MADRE. Hace veinte años que no he subido a lo alto de la calle.

VECINA. Tú estás bien.

MADRE. ¿Lo crees?

VECINA. Las cosas pasan. Hace dos días trajeron al hijo de mi vecina con los dos brazos cortados por la máquina. (*Se sienta.*)

MADRE. ¿A Rafael?

VECINA. Sí. Y allí lo tienes. Muchas veces pienso que tu hijo y el mío están mejor donde están, dormidos, descansando, que no expuestos a quedarse inútiles.

MADRE. Calla. Todo eso son invenciones, pero no consuelos.

VECINA. ¡Ay!

MADRE. ¡Ay! (*Pausa.*)

VECINA. (*Triste.*) ¿Y tu hijo?

MADRE. Salió.

VECINA. ¡Al fin compró la viña!

MADRE. Tuvo suerte.

VECINA. Ahora se casará.

MADRE. (*Como despertando y acercando su silla a la silla de la Vecina.*) Oye.

VECINA. (*En plan confidencial.*) Dime.

MADRE. ¿Tú conoces a la novia de mi hijo?

VECINA. ¡Buena muchacha!

MADRE. Sí, pero...

VECINA. Pero quien la conozca a fondo no hay nadie. Vive sola con su padre allí, tan lejos, a diez leguas de la casa más cerca. Pero es buena. Acostumbrada a la soledad.

MADRE. ¿Y su madre?

VECINA. A su madre la conocí. Hermosa. Le relucía la cara como a un santo; pero a mí no me gustó nunca. No quería a su marido.

MADRE. (*Fuerte.*) Pero ¡cuántas cosas sabéis las gentes!

VECINA. Perdona. No quise ofender; pero es verdad. Ahora; si fue decente o no, nadie lo dijo. De esto no se ha hablado. Ella era orgullosa.

MADRE. ¡Siempre igual!

VECINA. Tú me preguntaste.

MADRE. Es que quisiera que ni a la viva ni a la muerta las conociera nadie. Que fueran como dos cardos, que ninguna persona les nombra y pinchan si llega el momento.

VECINA. Tienes razón. Tu hijo vale mucho.

MADRE. Vale. Por eso lo cuido. A mí me habían dicho que la muchacha tuvo novio hace tiempo.

VECINA. Tendría ella quince años. Él se casó ya hace dos años con una prima de ella, por cierto. Nadie se acuerda del noviazgo.

MADRE. ¿Cómo te acuerdas tú?

VECINA. ¡Me haces unas preguntas!

MADRE. A cada uno le gusta enterarse de lo que le duele. ¿Quién fue el novio?

VECINA. Leonardo.

MADRE. ¿Qué Leonardo?

VECINA. Leonardo el de los Félix.

MADRE. (*Levantándose.*) ¡De los Félix!

VECINA. Mujer, ¿qué culpa tiene Leonardo de nada? Él tenía ocho años cuando las cuestiones.

MADRE. Es verdad... Pero oigo eso de Félix y es lo mismo (*Entre dientes.*) Félix que llenármeme de cieno la boca (*Escupe.*) y tengo que escupir, tengo que escupir por no matar.

VECINA. Repórtate; ¿qué sacas con eso?

MADRE. Nada. Pero tú lo comprendes.

VECINA. No te opongas a la felicidad de tu hijo. No le digas nada. Tú estás vieja. Yo también. A ti y a mí nos toca callar.

MADRE. No le diré nada.

VECINA. (*Besándola.*) Nada.

MADRE. (*Serena.*) ¡Las cosas!...

VECINA. Me voy, que pronto llegará mi gente del campo.

MADRE. ¿Has visto qué día de calor?

VECINA. Iban negros los chiquillos que llevan el agua a los segadores. Adiós, mujer.

MADRE. Adiós.

(La Madre se dirige a la puerta de la izquierda. En medio del camino se detiene y lentamente se santigua.)

Telón







CUADRO II

Habitación pintada de rosa con cobres y ramos de flores populares. En el centro, una mesa con mantel. Es la mañana.

(Suegra de Leonardo con un niño en brazos. Lo mece. La Mujer, en la otra esquina, hace punto de media.)

SUEGRA.

Nana, niño, nana
del caballo grande
que no quiso el agua.
El agua era negra
dentro de las ramas.
Cuando llega al puente
se detiene y canta.
¿Quién dirá, mi niño,
lo que tiene el agua,
con su larga cola
por su verde sala?

MUJER. *(Bajo.)*

Duérmete, clavel,
que el caballo no quiere beber.

SUEGRA.

Duérmete, rosal,
que el caballo se pone a llorar.
Las patas heridas,
las crines heladas,
dentro de los ojos
un puñal de plata.
Bajaban al río.
¡Ay, cómo bajaban!
La sangre corría
más fuerte que el agua.

MUJER.

Duérmete, clavel,
que el caballo no quiere
beber.

SUEGRA.

Duérmete, rosal,
que el caballo se pone a llorar.

MUJER.

No quiso tocar
la orilla mojada,
su belfo caliente
con moscas de plata.
A los montes duros
solo relinchaba
con el río muerto
sobre la garganta.
¡Ay, caballo grande
que no quiso el agua!
¡Ay, dolor de nieve,
caballo del alba!

SUEGRA.

¡No vengas! Detente,
cierra la ventana

con ramas de sueños
y sueño de ramas.

MUJER.
Mi niño se duerme.

SUEGRA.
Mi niño se calla.

MUJER.
Caballo, mi niño
tiene una almohada.

SUEGRA.
Su cuna de acero.

MUJER.
Su colcha de holanda.

SUEGRA.
Nana, niño, nana.

MUJER.
¡Ay, caballo grande
que no quiso el agua!

SUEGRA.
¡No vengas, no entres!
Vete a la montaña.
Por los valles grises
donde está la jaca.

MUJER. (*Mirando.*)
Mi niño se duerme.

SUEGRA.
Mi niño descansa.

MUJER. (*Bajito.*)
Duérmete, clavel,
que el caballo no quiere beber.

SUEGRA. (*Levantándose y muy bajito.*)
Duérmete, rosal,
que el caballo se pone a llorar.

(*Entran al niño. Entra Leonardo.*)

LEONARDO. ¿Y el niño?

MUJER. Se durmió.

LEONARDO. Ayer no estuvo bien. Lloró por la noche.

MUJER. (*Alegre.*) Hoy está como una dalia. ¿Y tú? ¿Fuiste a casa del herrador?

LEONARDO. De allí vengo. ¿Querrás creer? Llevo más de dos meses poniendo herraduras nuevas al caballo y siempre se le caen. Por lo visto se las arranca con las piedras.

MUJER. ¿Y no será que lo usas mucho?

LEONARDO. No. Casi no lo utilizo.

MUJER. Ayer me dijeron las vecinas que te habían visto al límite de los llanos.

LEONARDO. ¿Quién lo dijo?

MUJER. Las mujeres que cogen las alcaparras. Por cierto que me sorprendió. ¿Eras tú?

LEONARDO. No. ¿Qué iba a hacer yo allí, en aquel secano?

MUJER. Eso dije. Pero el caballo estaba reventando de sudar.

LEONARDO. ¿Lo viste tú?

MUJER. No. Mi madre.

LEONARDO. ¿Está con el niño?

MUJER. Sí. ¿Quieres un refresco de limón?

LEONARDO. Con el agua bien fría.

MUJER. ¡Cómo no viniste a comer!...

LEONARDO. Estuve con los medidores del trigo. Siempre entretienen.

MUJER. (*Haciendo el refresco y muy tierna.*) ¿Y lo pagan a buen precio?

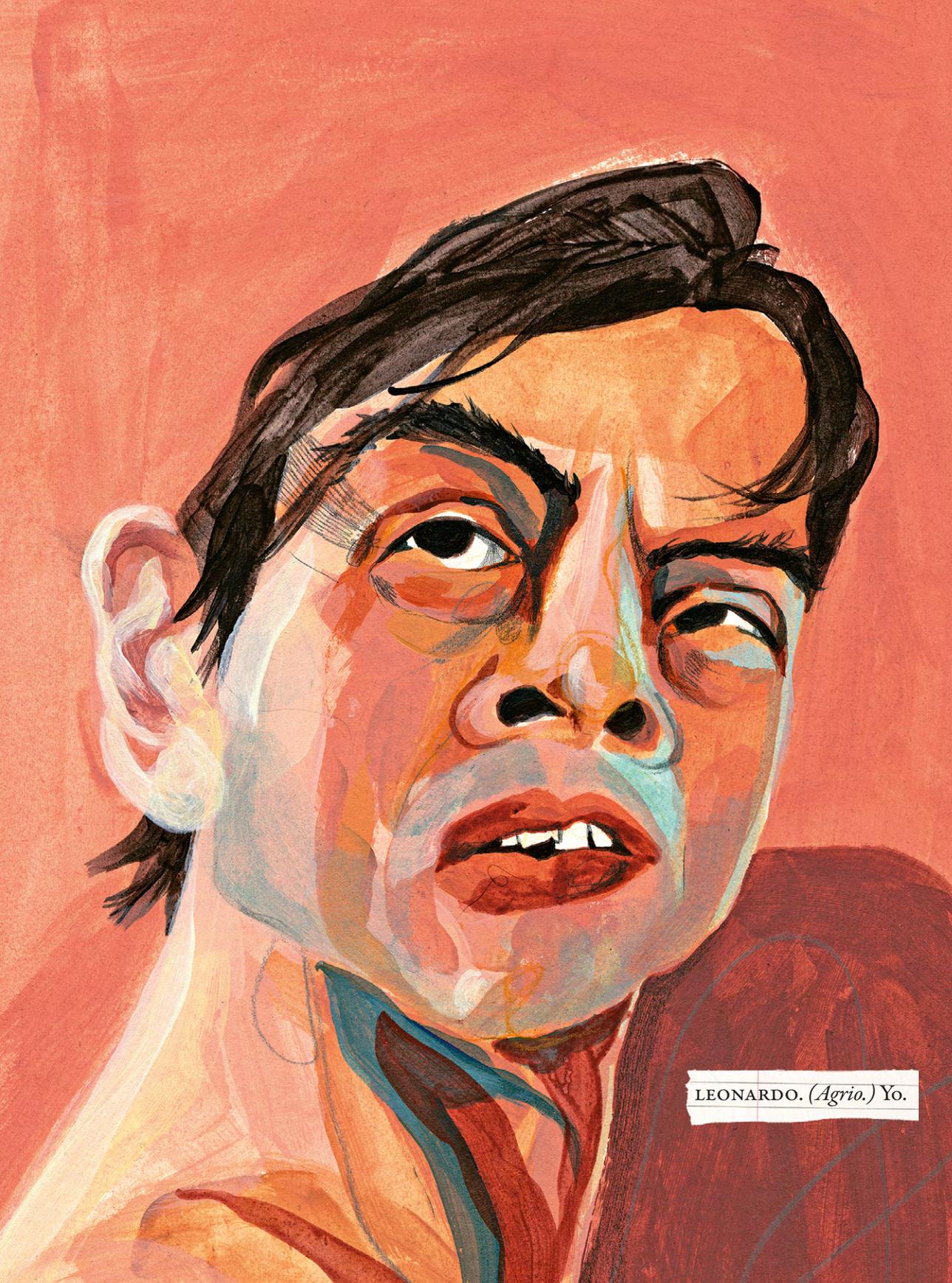
LEONARDO. El justo.

MUJER. Me hace falta un vestido y al niño una gorra con lazos.

LEONARDO. (*Levantándose.*) Voy a verlo.

MUJER. Ten cuidado, que está dormido.

SUEGRA. (*Saliendo.*) Pero ¿quién da esas carreras al caballo? Está abajo tendido, con los ojos desorbitados como si llegara del fin del mundo.



LEONARDO. (*Agrio.*) Yo.